

LA NOVELA SEMANAL  
FOTOGRAFICA MODERNA



50  
cts

54

TRENKA  
GLORY

NUMERO  
EXTRAORDINARIO

DRAMA EN LA NIEVE



BONNARD, Mario (en las 2 versiones)

LA NOVELA  
SEMANTAL CINEMATOGRAFICA  
MODERNA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: / Pasaje de la Paz, 10 bis  
Francisco-Maria Bistagne / TELÉFONO 18351

Año X BARCELONA N.º 541

V.º fr: Les Chevaliers de la Montagne, 1930 \*

V.º Alem: Lohn der weissen Berge (Der) \*

Un drama en la nieve

Dramático asunto, interpretado por  
Mary Glory y Louis Trepoer  
entre otros notables artistas -

\* Esta Novela \* *se remonta al*  
*origen en Versión francesa*  
Exclusiva de

Febrer y Blay

Pasaje de la Paz, 8 BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

EMIL JANNINGS

Opera V.º Sernaua Var: Screen  
Series Germany : 23-25-45-255-254-  
380 -



## Un drama en la nieve

### *Argumento de la película*

Charlie, Morel y Coste, tres bravos alpinistas franceses, se estaban entrenando en las montañas para el campeonato internacional de "skis".

Parecían ingravidos, como si volasen sobre la nieve. Sus cuerpos ágiles y robustos adquirían una ligereza de ícaros. Sorteaban obstáculos difícilísimos con la sonrisa de hombres superiores, acostumbrados a vencer las dificultades de la Naturaleza.

En el inmenso silencio de los campos sólo se oían sus alegres voces de triunfado-

res, sus sonrisas optimistas, retrato de su alma limpia como el nevado panorama.

De pronto llegó hasta los tres alpinistas una alegre voz femenina, seguida de bulliciosas carcajadas. Al propio tiempo vieron deslizarse sobre la nieve a una hermosa muchacha cuyo vestido negro quedaba salpicado de blancor.

La joven que realizaba también ejercicios de "skis", había resbalado en una de las arriesgadas piruetas y ahora intentaba inútilmente levantarse, desprovista de los bastones en que se apoyaba para saltar.

Los tres hombres corrieron en su auxilio. Ayudaron a levantar a la alegre criatura cuyos ojos negros e inmensos parecían acariciar.

—¡Gracias... muchas gracias! — decía ella—. ¿Son ustedes concursantes al campeonato de "skis"?

—Sí, señorita — respondió Charlie—. Representamos a Francia.

—Encantada de conocerles.

—Si necesita usted algo más de nosotros...

—Ya no... Me vuelvo al Hotel.

—Si usted quiere la acompañaremos.



... Llegó hasta los tres alpinistas una alegre voz femenina...

—Muy interesante. ¿Por qué no?

Y la linda mujer entre los tres hombres emprendió la ruta de regreso... Ellos silbaban una alegre canción popular y pronto ella les acompañó en la tonada, haciendo el viaje más distraído y breve.

La chiquilla que no tendría más allá de veinte años explicó luego que era parisiense y que pasaba una temporada con su padre en el Hotel Cervin.

Se llamaba María y era hija del banquero señor Faure.

Aquellos tres hombres sencillos, que vivían siempre entre montañas y conocían más los secretos de la Naturaleza que la psicología de las gentes, quedaron suavemente cautivados por la gracia, por la espiritualidad, por la juventud de aquella mujer cuya risa tenía una armoniosa dulzura.

Especialmente Charlie, temperamento romántico, dado al ensueño, alma que sin saberlo él mismo, era de poeta, como la de aquel personaje de Moliere, se sintió profundamente interesado por la muchacha.

María se despidió de los tres guías a la puerta del Hotel. Carácter sencillo, franco, les mostró una gran simpatía y les dió la





... había resbalado...

mano con ademán modesto, que excluía todo orgullo o vanidad.

—Ya nos veremos alguna otra vez —les dijo—. Tendré mucho gusto en pasear con ustedes por la montaña.

Siempre sonriendo, con una sonrisa que aniñaba su rostro, dándole una picaardía casi infantil, María desapareció tras la gran puerta giratoria de cristales, y los tres hombres se alejaron hacia sus viviendas, comentando alegremente el agradable encuentro.

—Es seductora la mujer —dijo Coste.

—¡Mucho! —respondió Charlie quedando extático, con la pipa entre los labios y los ojos fijos en la gran mole del hotel.

—Te gusta la parisina, ¿verdad? —le dijo Morel.

—No me desagrada.

—Te vas a enamorar de ella.

—¡Qué tontería! Sabes bien que eso no puede ser. Tengo que atender otros deberes, otras cosas más asequibles.

—Naturalmente. Muchachas como la señorita María no han sido hechas para nosotros. Son para los ricos, para los que todo lo tienen.

—Con su pan se lo coman. No se lo envidio. Yo tengo algo mejor —indicó Charlie, echando a andar con sus amigos.

Al volver un recodo del camino desapareció la masa gigantesca del hotel. Charlie respiró libremente como si se hubiesen alejado igualmente de su alma sentimientos irrealizables, cosas sin fundamento alguno que nacían y morían con rapidez en su imaginación.

Charlie se despidió de sus amigos para ir a cenar. Él era guía oficial. Conocedor palmo a palmo de aquellos terrenos, era muy solicitado por los excursionistas. En estos últimos tiempos procuraba librarse de sus compromisos para dedicarse por entero a preparar la gran competición internacional.

Vivía Charlie en una modesta casita situada no muy lejos del hotel, en compañía de su anciana madre y de su prima Annie, deliciosa mujer, fuerte como una encina, como aquella montaraza que cantara el poeta en rotundas y apasionadas estrofas.

Annie era la novia de Charlie. Se adoraban desde hacía mucho tiempo, y para

el año que viene pensaban contraer matrimonio. Se amaban con un cariño puro, leal y noble, con un amor susegado, pero que a la manera de fuego lento es el que no se apaga nunca.

Aquel anochecer Charlie aparecía distraído. Besó a su vieja madre, acarició suavemente a la novia. Pero así como otras veces era locuaz y expresivo, ahora dando lentas chupadas a su pipa, permanecía inmóvil como si tuviera los ojos bañados en un recuerdo lejano.

—¿Qué tienes, Charlie? ¿No te encuentras bien?

—Admirablemente. Estoy como siempre, chiquilla.

—Pareces preocupado.

—Nada de eso... Pero... acaso tengas razón... Me preocupa una cosa. El campeonato de "skis"... Los austriacos y los suizos este año apretarán fuerte.

—Pero tú ganarás, como siempre.

—Bien lo espero.

Cenaron y Charlie no volvió a desplegar los labios... En su cerebro surgía la visión de la nieve, de los campeonatos próximos, tan plenos de peligros y de emoción. Pero





—¿Qué tienes, Charlie?

de pronto todo ello se apagaba, todo se desvanecía en una niebla blanca y ante sus ojos aparecía una figura de mujer, la de la linda parisina, arrogante y juvenil.

Comió sin apetito... Después de saborear un caliente café, cargó de nuevo con la mochila y se preparó para salir.

—Voy a entrenarme otra vez. Mis compañeros me esperan.

Ni su madre ni Annie osaron preguntarle de nuevo que le ocurría. Pero bien veían que algo le pasaba a Charlie... Algo que era una preocupación distinta de las demás, algo desconocido que alarmaba a las dos mujeres y que, sin saber por qué, hacían temer por su amor a la enamorada Annie, para quien todas las ilusiones eran aquel hombre, sin el cual le hubiera parecido un absurdo, un dolor inahabable, una cosa sin objeto, su propia vida.

\* \* \*

Mary había cenado con su padre en el gran comedor del hotel. Durante la comida, amenizada por una orquesta melodiosa,

ella explicaba como aquella tarde había sido recogida por un guía y sus compañeros.

—De no haber sido ellos, ignoro como lo hubiera hecho para levantarme.

Hizo un gran elogio de aquellos tres buenos mozos, simpáticos y tostados de sol, especialmente uno denominado Charlie, que tenía una sonrisa audaz y valiente.

Un elegante caballero, como de unos treinta y tantos años, vestido impecablemente de frac, avanzó hacia la mesa de María. Era el ingeniero Milacs, de París, que según les había asegurado unos días antes, pasaba una temporada en los Alpes para descansar de un exceso agobiador de trabajo y cambiar de ambiente.

—Uno se aburre siempre en el mismo sitio —había dicho a María—. Especialmente si es soltero como yo.

—Pues el remedio es facilísimo... —le había contestado con su adorable sonrisa.

—A veces, cuando no se encuentra la media naranja, aquella que nos tiene reservada el destino, es peor el remedio que la enfermedad. Yo no la había encontrado aún hasta ahora, a lo menos en París... —añadía mirándola con intención.

—Porque es usted muy exigente.

—Porque espero a la única mujer que podría hacerme feliz... si ella quisiera.

Desde que María había llegado a Carvin la cortejaba continuamente. Pero ella, llevada de su refinada cortesía, contestaba con sonrisas y evasivas a aquel constante asedio, aunque sin darle jamás esperanza. No, no tenía ganas de amar. No había querido a nadie y se encontraba muy bien sin esas preocupaciones egoistas del corazón que, aún las más felices, llevan en el fondo el acibar del sufrimiento.

Milacs no se daba por vencido.

Aquella noche se apresuró a saludar a María y al banquero y estuvo un rato en conversación agradable.

La orquesta tocaba una danza moderna y Milacs vió que la joven taconeaba con sus zapatos de plata, como si sintiera el deseo imperioso de bailar.

—¿Quiere usted hacerme el honor? —dijo el ingeniero.

Ella se levantó y dieron unas cuantas vueltas en la luminosa y amplia pista donde cabían holgadamente las parejas que daban con una aristocrática distinción.



Pero sin saber por qué, María se sentía como alejada de allí, como apartada de cuanto le rodeaba. En sus recuerdos flotaba la imagen del guía Charlie, de aquel muchacho moreno y fuerte, brusco y varonil, que en nada se parecía a esos muñecos acartonados de salón, que ella tenía que tratar en todas partes.

Milacs adivinó esa distracción, y dijo procurando sonreír:

—María, su pensamiento está muy lejos de aquí.

—¿Siente usted celos de lo que yo pueda pensar? —contestó contemplándole con indiferencia.

—Sí, porque la adoro.

—Milacs, si quiere conservar mi amistad, no hablemos de esas cosas... Yo me creo aún una niña y no quiero oír hablar de amor. Usted ha venido aquí para reposar. No lo olvide...

—Es usted cruel, María, tan cruel como bonita...

—Frasas... siempre frases... Si viera usted las veces que las he oído. Ya no me causan impresión —agregó riendo.

Había terminado el baile y las parejas

aplaudían cortesmente, pidiendo su repetición.

De pronto María juntó las manos con un gesto de alegría y se dirigió velozmente hacia la ventana, que abrió de par en par.

Acababa de oír la canción de Charlie y sus amigos, aquella alegre música que entonaron por la tarde los tres muchachos cuando regresaban con ella al hotel.

Se asomó al exterior. Entró en la sala una gran bocanada de aire frío, intenso, que provocó fundadas protestas de la distinguida concurrencia.

Pero María, con su carácter alegre, de niña, empezó a llamar a sus tres amigos:

—Charlie, Morel, Coste. ¡Vengan, vengan aquí!

Los muchachos se detuvieron un instante, cambiaron entre sí breves impresiones y se dirigieron hacia la ventana, saludando cordialmente a aquella muñequita aristocrática que les trataba como a su igual.

—Entren... Tomarán una copa de champagne.

Ruborosos, con esa timidez propia de la falta de costumbre, los alpinistas se nega-



ban a entrar, pero tanto insistió María, que se decidieron a saltar por la ventana.

Tan pronto estuvieron en el salón, María cerró la ventana, y los ánimos excitados de la concurrencia parecieron calmarse y se dedicaron a comentar las extravagancias de aquella joven, que invitaba de tan singular modo a tres sujetos cuya ropa de excursionista contrastaba con los trajes de etiqueta que eran de rigor en sociedad.

Mary, siempre sonriente, presentó los tres hombres a papá.

El banquero no era hombre orgulloso y les invitó a sentarse a la mesa, aunque murmuró al oído de su hija estas palabras:

—Estás loca, María... Sólo a tí se te ocurren estas cosas...

Un camarero trajo unas botellas de champaña y todos bebieron del dorado líquido.

Entretanto el ingeniero Milacs, furioso por verse preterido de una manera tan ridícula, había regresado a su mesa y desde allí, observaba, presa de profundo mal humor, como María hablaba, singularmente, con el guía Charlie, cuya sonrisa de lobo

dejaba ver los dientes limpios como si los lavara con nieve.

—Cuénteme cosas —decía la muchacha mirando con ternura a Charlie—. ¿Cómo van esos campeonatos? ¿Ganaremos? ¿Se llevará Francia la victoria?

Él expuso su optimismo, su seguridad de vencer. Después contó algunos hechos peligrosos, ocurridos en las montañas y trazó a la manera magistral de un guía, el relato de varias difíciles excursiones.

María, preguntó a Charlie si sabía bailar. El respondió balbuciente, asegurando que lo hacía bastante mal, pues sólo bailaba de vez en cuando, el día del patrón del cercano pueblo. Iba a decir que lo hacía con su novia, pero se detuvo. Le pareció de mal gusto hablar de ello delante de María.

—¿Se atreve a bailar conmigo ese "one step"? —le preguntó ella.

—Si me perdona usted algún pisotón que pueda darle...

—Eso no tiene importancia. Vayamos.

Bailaron... y María reconoció que Charlie no lo hacía del todo mal... Era ágil, ni una vez tropezó ni la pisó siquiera, le faltaba únicamente esa ligera distinción en



los movimientos, que sólo se adquiere en el trato con la gente refinada.

Volvieron a la mesa y María le felicitó por lo bien que sabía danzar. Milacs sufría el tormento de los celos al verse desdénado de aquel modo. ¿Es que aquella tonta de María se habría enamorado de Charlie? Sería el colmo. Dispuesto a no consentir que otro baile lo danzase con el guía, apenas preludiaron los primeros compases de un fox, el ingeniero se dirigió hacia aquella mesa.

—María ¿me concede este baile? — dijo inclinándose con una reverencia.

María se levantó, aunque disgustada en lo íntimo de su ser. Pero en aquel mismo momento llegóse a Milacs un criado y le dijo:

—Señor, le llaman por teléfono desde París.

—¿A mí? ¡Ah, bien!

Se le adivinaba contrariado, molesto, pero como las conferencias telefónicas no acostumbran esperar demasiado, tuvo que rogar a María le dispensase, y ella, de mil amores como vulgarmente se dice, le perdonó.

María volvió a bailar con Charlie, a pesar de que los amigos de éste comenzaban a demostrar impaciencia, pues ellos habían salido para entrenarse a la luz de la luna en los ejercicios alpinos, y no para beber champaña y bailar en la confortable sala de un gran hotel.

Mientras, el ingeniero Milacs entró en la cabina y descolgó el auricular.

—Aquí, Milacs —dijo.

Le contestó, desde París, una voz de mujer, que tenía el timbre alterado:

—¿Qué te sucede? ¿No contestas a mis cartas? ¿Por qué no me escribes?

—Te he escrito ayer — dijo él, excusándose y mintiendo descaradamente.

—Creo que pierdes el tiempo —añadió la voz femenina—. Es preciso que te decidas de una vez. No podemos estar aquí. Lo sabes tan bien como yo... y eso ya dura demasiados días...

—Descuida, que todo se arreglará. Ya recibirás noticias mías. Pero por telégrafo es imprudente indicar nada... Hoy mismo te escribo... Adiós.

—Adiós... y no retardes ni un día lo que nos interesa.

Colgó el aparato de profundo mal humor, permaneció un momento cabizbajo, pensativo, y luego, haciendo un movimiento de hombros como si denotase indiferencia, volvió al salón en el preciso instante en que los tres alpinistas se despedían del banquero y de su hija.

María mientras daba la mano a Charlie, le decía:

—Vamos a proyectar una excursión interesante. Cuento con usted, ¿verdad?

—Siempre.

—Pues hasta pronto, Charlie... Ya nos veremos por ahí. Me gustará ver sus entrenamientos.

Salieron los tres hombre y entonces el banquero censuró en voz baja a su hija aquella extravagancia de haberles hecho entrar en el comedor y bailado con uno de ellos.

—¡Son tan simpáticos, papá...! Tan distintos de todo el mundo que nos rodea...

Y apuró unos sorbos de champaña y en el lago de oro de la copa creyó ver reflejada la imagen de Charlie con su sonrisa varonil, su tez tostada, sus cabellos negros

y revueltos y su figura recia y bella de gladiador.

Al levantar los ojos vió ante sí la figura escuálida, de alfeñique, del ingeniero Milacs... Tuvo una sonrisa de desilusión. ¡Oh amargo contraste! ¡Oh donosas burlas de la vida...! Y cuando Milacs la invitó a bailar, ella se excusó asegurando que se encontraba cansada...

Antes de media noche se retiraron del comedor... María sintióse desvelada hasta muy tarde... Pensamientos extraños volaban ante ella trazando fantasías...

\* \* \*

Los componentes del equipo de Francia se entrenaban unos días más tarde, haciendo saltos que parecían inverosímiles... Se lanzaban desde lo alto de las cumbres a la hondonada de los valles, cayendo de pie, con un equilibrio y una elegancia sin par.

Los "equipiers" llegaban a saltos prodigiosos, 70, 80 metros de altura... Y cuan-



tos presenciaban el entrenamiento aseguraban que Francia se llevaría la victoria, o si era vencida no habría de serlo sino después de una lucha implacable y difícilísima.

—No hay nadie como nuestros alpinos —decía un aficionado.

—El mejor de todos es Charlie, pero hace días que no se le ve por ninguna parte. ¿Por dónde estará?

—Es extraño. Lo encontré ayer y me pareció taciturno, preocupado, sin aquella alegría de antes —comentó otro compañero.

Y todos hacían consideraciones sobre de lo que podía ocurrirle a aquel muchacho.

Un día María y el ingeniero Milacs habían salido a dar un paseo por los alrededores del hotel. Se habían sentado en un rinconcito agradable, gozando del aire fresco y como perfumado que venía de las altivas cumbres.

De pronto distinguió María entre la blancura total que les envolvía, a un hombre que estaba sentado sobre una roca. Lo reconoció en el acto. Era Charlie.

—Allí está Charlie —dijo—. Nos ha visto... Dirige la vista hacia aquí.

Milacs contempló con desdén al guía que sin saludar, les estaba observando en una actitud de honda concentración.

Lanzó una carcajada el ingeniero y dijo poniendo veneno en sus palabras:

—Charlie parece que está rabiando de celos... ¿No lo ha notado usted?

—Pues bien pocos motivos tiene para estar celoso —le contestó cortando en flor todas las posibles esperanzas de él—. Voy a verle. Le agradecerá mi compañía.

Y dejando a Milacs consumiéndose en la impotencia del hombre vencido, se dirigió al encuentro del guía.

No es que Charlie le inspirase amor, pero si una simpatía extraordinaria, que acaso, cultivándola con deleite y cariño, podría convertirse en una de esas avasalladoras pasiones que encienden el corazón y reducen el alma a la voluntad y al dominio ajenos.

Charlie la vio venir, y tal fué su impresión que, aunque sintió el deseo de levantarse para saludarla, sus fuerzas físicas no respondieron a su energía espiritual y quedó sentado, sólo con los ojos llamantes de intensa vida.



—¡Usted...!

—Estoy con el señor Milaca... Pero he querido venir a saludarle, ya que usted no me decía nada.

—Perdone, pero temí molestar...

—¡Qué tontería!

Se sentó junto a él con una ingenuidad, con una bondad de niña que desconoce la malicia. Y Charlie al lado de esa criatura deliciosa se sentía también como un chiquillo... Ni un pensamiento tortuoso, ni un mal deseo surgieron de su imaginación... Se sentía invadido de una extraordinaria paz y hubiera caído de rodillas ante aquella mujer, a la que adoraba de un modo simplemente espiritual.

Esta era la verdad. Se hallaba enamorado de ella. Pero con un amor que consideraba imposible, irrealizable, con un amor de novela, que jamás se convertirá en hecho cierto.

¡Estaban tan separados! Ni siquiera él se atrevería nunca a confesar un átomo de ese gran amor que se había adueñado de su vida. Le hubiera parecido una irreverencia. Aunque sufriese interiormente, acallaría esa pasión inútil, de desvarío, de locu-

ra... ¡Ella, una millonaria, la hija de un banquero, haciendo caso de un pobre guía sin otra fortuna que la gratificación que le daban los turistas! Y además, se estaba olvidando de otra cosa... ¿Iba a hacer una traición a Annie que le adoraba con generosa confianza?

¡No... no...! Pero esas consideraciones, esos pensamientos morales, no le impedían que su alma se torturara, que su corazón sufriera, porque el amor es como una enfermedad que manda más que nosotros y sólo a costa de tiempo y heroicos sacrificios conseguimos dominarla...

María, bien ajena a lo que podía ocurrirle a Charlie, sin sospechar que él la amaba, le contemplaba con atención y se atrevió a preguntarle:

—Charlie, ¿qué le pasa?

—Nada... nada...

—¿Por qué me engaña? Usted no es el del primer día... ¿Le molesta acaso mi presencia?

—Todo lo contrario... Pero me encuentro en un estado de nerviosidad incomprensible... Debo recobrar mi equilibrio espiritual... Yo debería estar ahora entrenando-





—¿Le molesta acaso mi presencia?

me para los saltos de altura. La prueba se celebrará dentro de cinco días.

—Pues si quiere que yo esté contenta, vaya a los entrenamientos y gane el campeonato.

—Lo ganaré, señorita... Iré ahora mismo en busca de mis amigos.

Su rostro parecía haberse animado. Se levantó y emprendió la marcha junto con Maria. Ésta se despidió de él, poco después, para ir a reunirse con el ingeniero que se mantenía celoso.

Les vió Charlie partir a los dos y otra vez el pesimismo ensombreció su alma. ¿Para qué? ¿Para qué todo? Aquella divina criatura, ornada por todas las gracias que la juventud y la belleza pueden rendir de consuno, sería de un hombre de su clase, de aquel ingeniero, de cualquiera de esos privilegiados de la fortuna, a quienes el destino no se cansa de favorecer...

Y él... él... Pero, reaccionó vigorosamente. ¿Por qué se quejaba? ¿No tenía a Annie? ¿No era Annie tan guapa, tan buena cómo podía serlo la otra? Sí... pero... Annie jamás tendría aquellas maneras tan señoriles, y aquella voz tan dulce, y aquel olor

tan suave, y aquellas manos tan delicadas, y en todo su conjunto esa ligereza, esa armonía de la mujer que puede pasar largas horas ante el tocador...

Y debatiéndose en esas luchas contradictorias, el guía se reunió con sus amigos para entrenarse en su compañía.

Y mientras tanto, en casa de Charlie, la madre de éste y Annie comentaban con melancolía el cambio de carácter experimentado por el joven.

—No es el mismo, tía, no es el mismo.

—Vamos, no te llores de quebraderos la cabeza... ¿Tienes acaso celos de esa muchacha de París? ¡Qué tontería! Ella se marchará y no volverá a acordarse jamás de que Charlie exista.

—Pues tengo miedo, tía... ¡Charlie es un hombre tan distinto a todos los que ella conoce!

—Por eso mismo es absurdo tu temor... Charlie está preocupado por el campeonato de "skis", no por otra cosa.

Annie calló para no amargar a la viejecita, pero en su corazón de enamorada, las dudas ponían una pincelada de amargor.

Entretanto, María y el ingeniero habían

llegado al hotel... Había en la conserjería un telegrama urgente para Milacs. Éste lo tomó y leyólo con la venia de María.

El despacho decía simplemente:

*Dale prisa. No puedo aguardar más.*

Su frente se contrajo, marcándose en ella numerosas arrugas. Guardóse el telegrama en su bolsillo... María se había sentado en un sillón y leía una revista ilustrada.

Estuvo Milacs paseando varios minutos por el "hall" como si se dedicase a la busca y captura de una idea importante... Al fin hizo un movimiento brusco con la mano, y avanzó sonriente hacia el "bureau".

—Haga el favor de avisar al guía Charlie que me venga a buscar mañana, a las cinco —dijo.

María dejó de leer y le contempló profundamente sorprendida...

El conserje tomó nota en un libro de los deseos del cliente, pero dijo moviendo la cabeza con aire de duda:

—Y si Charlie no está libre, le enviaré otro guía, ¿verdad?

—No! —respondió secamente—. Necesito precisamente a Charlie.



—Bien, señor.

María se acercó a él.

—Pero ¿dónde va usted tan temprano?  
Y usted me decía hace poco que no le gustaba madrugar.

—No se asombre. Usted me ha hecho tomarle gusto a las excursiones montañosas. ¿Quiere venir conmigo?

—¡Oh, no! Estoy cansada. Otro día en que formemos un numeroso grupo.

—Pues yo no le cedo a nadie mi excursión matinal. Solo, con el guía en el campo, respirando ampliamente ese aire magnífico de la nieve... Quiero ir a lo alto de las cumbres.

—Pues... buen viaje... Milacs.

Y con una sonrisa dulzona salió del "hall" subiendo al ascensor. Iba a su cuarto a cambiarse de traje... Todas las noches llevaba un vestido nuevo y joyas magníficas... Era como un campeonato de elegancia y de vanidades... Las mujeres procuraban vencerse con el lujo deslumbrante y tentador, con las creaciones que París y Viena, fábrica de armas de la moda, les mandaban cada vez con nuevos perfeccionamientos.

\* \* \*

A las cinco en punto de la mañana, el guía Charlie se presentó en el hotel... Todo el mundo reposaba aún... Sólo los pobres, las fregonas, los criados de servicio matinal, se dedicaban a las urgentes tareas de limpieza.

Charlie tenía pocos deseos de realizar una excursión acompañando a aquel hombre que sabía cortejaba a María. Pero la necesidad de ganar dinero y de no negarse tampoco, no teniendo ningún otro compromiso, le obligaron a aceptar la invitación.

Minutos más tarde de las cinco, bajó, vestido ya con traje de alpinista, los "skis", dos bastones y una gruesa mochila, el ingeniero Milacs.

Los dos hombres quedáronse un momento en mutua observación como si quisieran escudriñar cada uno el fondo tenebroso de sus pensamientos.

Milacs se limitó a decir al guía:

—¿Tendremos buen tiempo?

—No lo aseguro, señor... Hay por el Oeste unos nubarrones densos. Tal vez no sea muy conveniente la excursión.

—La quiero hacer de todos modos. Si tenemos tempestad será un nuevo aliciente. ¿No le parece?

—No le aconsejo que lo piense así.

—No le temo a nada, Charlie, aguárdeme usted un momento.

Se sentó ante una mesa y escribió unas breves líneas que luego metió en un sobre.

Tocó un timbre y apareció un "groom" con un gran ramo de flores.

A las ocho haz el favor de entregar este ramo y esta carta a la señorita María.

—Perfectamente, señor.

Milacs miró a Charlie como si se complaciera en provocarle, en suscitar sus celos...

Sintió Charlie una picazón desagradable, pero se contuvo ante su manifiesta imposibilidad de luchar... ¿A qué pensar más en lo imposible, en lo absurdo?

—Estoy ya listo — dijo el ingeniero—. Podemos salir.

—Cuando usted quiera, señor.

El conserje acedió a despedirles, deseándoles una excursión excelente y los dos hombres salieron del hotel desapareciendo pronto en la lejanía entre la blancura lechosa de la nieve apenas iluminada por el sol tímido de las primeras horas.

\* \* \*

El día estaba metido en agua y viento. Un tiempo pésimo, con un frío cortante que parecía desgarrar las carnes, obligó a los turistas a refugiarse en los hoteles, buscando el solaz en los juegos de salón o bailando al son de las orquestas incansables.

María pensó varias veces en Charlie y Milacs... ¿Dónde se habría metido? Era peligroso encontrarse a solas en pleno desierto nevado con aquella lluvia que provocaba frecuentes avalanchas de nieve, momentos de gravísimo riesgo...

Pero al propio tiempo sentía una confianza grande y algo le decía que nada debía



de temer. Charlie era el mejor guía de la región y seguramente se habrían metido en algún refugio en espera de que pasase la peligrosa tempestad.

Al anochecer llegó chorreante de lluvia y con el rostro fatigado a consecuencia de la larga jornada, Charlie.

Bondadosamente, el conserje del hotel le dijo sonriente:

—Mal tiempo en la excursión, ¿verdad?

—Horriblemente malo. El señor Milacs ha preferido no regresar conmigo.

—¿Dónde está?

—Se ha quedado en el Refugio de la Concordia.

—Pues aquí tiene un telegrama urgente. Le telefonearé al Refugio.

—Oiga, ¿hay alguna nueva orden para mí?

—Nada en absoluto.

—Mejor. Así me dedicaré a los entrenamientos. ¡Adiós, amigo!

Iba ya a salir cuando encontró a María.

—Me tenía usted con cuidado—dijo la joven—. ¡Has tardado tanto! Pero ¿dónde está el señor Milacs?

—Se aficionó demasiado a la montaña.

Se ha quedado en el Refugio de la Concordia. Dice que prefiere ver la tempestad desde allí.

—¿Qué capricho?

—Bueno, buenas noches, señorita.

Y mirando tiernamente a la amada imposible, más lejana cada vez, el muchacho abandonó el hotel para dirigirse a su casa y descansar allí de la larga y fatigosa jornada.

El conserje telefoneó al Refugio de la Concordia, situada en las altas montañas.

—Aquí es el Hotel Cervin—dijo—. ¿Quiere hacer el favor de decir al señor Milacs que se ponga al aparato?

—¿Milacs? Espere un momento.

Pasaron unos minutos y al cabo se reanudó la conversación.

—Oiga... oiga—dijeron del Concordia—. Aquí no hay ningún señor Milacs.

—Tiene que estar... El guía Charlie lo ha dejado ahí.

—No es cierto. Aquí no ha llegado ninguno de los dos.

—¿Cómo? ¿Tampoco han visto a Charlie?

—No.

—¡Qué raro!

Colgó el teléfono y preocupadísimo ante lo que estaba sucediendo, adivinando en todo aquello algo anormal, se dirigió a ver al dueño del hotel a quien enteró de lo que ocurría.

—¿Por qué habrá mentido Charlie? ¿Un hombre tan honrado, tan leal siempre!

—¡Es incomprensible!— dijo el dueño—. Hay que avisar inmediatamente a la policía.

La conversación sostenida por teléfono había sido oída por María.

Esta presintió también que algo misterioso, fatal, había sucedido entre el ingeniero y el guía. ¿Por qué éste no había confesado la verdad? Instintivamente se sintió emocionada. Temió, tuvo la certeza de que era ella la causa de todo aquel misterio. Milacs profesaba profunda antipatía a Charlie. ¿No podría ser posible que los dos hombres una vez en la alta montaña hubiesen comenzado a discutir, y de las palabras pasaran a los hechos? Acaso Charlie habría, viéndose atacado por su rival, arrojado a un precipicio a su adversario. Y ahora, para disimular su delito, había ase-

gurado que Milacs se encontraba en el Refugio.

¿Era posible, sin embargo, que Charlie, hombre bueno, que parecía de tan gran corazón, hubiese llegado a realizar un crimen? Fuese lo que fuese era necesario saber, enterarse, ir a preguntarle al propio guía quien, ante su súplica cariñosa, no le sabría mentir.

Y, poniéndose rápidamente su abrigo, de "petit gris", marchó, procurando que no la viesen, a la vivienda que cerca de allí tenía el guía francés.

Profundamente emocionada, sintiendo los violentos golpeteos de su corazón, empujó la puerta que estaba simplemente entornada.

Una mujer joven, Annie, se dirigió pausadamente a su encuentro, reconociendo en ella a la parisiense que había visto algunas veces hablando con Charlie.

La miró con una grande, honda tristeza, que hacía más interesantes sus ojos negros y rasgados. ¿Es que venía a quitarle a Charles? ¿No tenía espacio suficiente para hablar con él que iba a buscarle a su casa,



a arrebatárselo casi de sus propios brazos?

Sin embargo, procurando reprimir el odio de su corazón, dijo a María:

—¿Qué se le ofrece?

—Desearía hablar con Charlie ahora mismo.

—Espere usted un momento. Mi prometido saldrá en seguida—dijo recalcando las frases.

Aquella palabra "prometido" estremeció a María. Mujer de nobles sentimientos, contempló con simpatía a la muchacha... ¡Ah, sí! Ahora menos que nunca, Charlie podría inspirarle un sentimiento de amor. Aquella otra mujer cuya existencia él ignoraba, lo hacía sagrado ante sus ojos. Ahogaría en su propia alma la existencia de algunas tímidas ilusiones concebidas. Para ella, Charlie no sería más que un amigo, un buen amigo y compañero, digno de estima, pero sin llegar a otra cosa.

Tristemente, Annie entró en la habitación donde se encontraba sentado y fumando su vieja pipa, el guía Charlie.

—"Ella" quiere hablarte—le dijo Annie.

—¿Ella? ¿La señorita María?—preguntó intrigado.

—Sí.

—Pero ¿qué querrá de mí a estas horas? Tú sabrás...

Dando muestras de gran turbación, entró en la vecina estancia. María se levantó al verle. Junto a la puerta Annie le observaba con inquietud.

A la vista de aquella mujer tan amada, soñada en sus delirios de romántico, el guía se estremeció y avanzó con la cabeza baja y los ojos bajos como un delincuente.

María, procurando dar a su voz las mayores acentuaciones de suavidad, le preguntó:

—Dígame la verdad. ¿Ha reñido usted con Milacs? ¿Qué ha pasado?

—Pero, señorita...

Se encontraba tan turbado, que apenas sabía expresar sus conceptos.

Pero entonces dejóse oír una voz varonil que surgía de la puerta en sombras.

—¿Por qué no contesta usted?

—Eh, ¿quién anda ahí?—dijo Charlie, temblando.

—Agentes de policía.

Dos caballeros avanzaron por la estancia



—¿Ha venido usted con Milacs?

mostrando uno de ellos el distintivo de policía.

María y Annie contemplaron con espanto a los recién venidos. El guía, como anonadado, murmuraba sordamente:

—¿Por qué me buscan? Yo no he hecho daño a nadie.

—¿No sabe usted por qué le buscan?— contestó un agente con insolencia—. Se lo diré en pocas palabras, aunque lo conoce usted mejor que nadie. Usted declaró haber conducido al señor Milacs al Refugio de la Concordia, y ha mentido. En el Refugio no hay noticia alguna de dicho señor.

—Yo no sé—dijo el guía—. No llegamos juntos al Refugio. Poco antes el señor Milacs me ordenó regresar, diciéndome que ya no era necesario.

—Esto no me convence. Va usted a venir con nosotros. Hay que buscar a ese señor Milacs y descubrir el misterio de su desaparición.

—Estoy a sus órdenes.

—¡Pronto! ¡Marchemos!

Charlie, pálido, pero sereno, cargó con su mochila, se puso el sombrero y dijo quedamente a María:



—Le ruego crea usted todo lo que he afirmado. Yo no he hecho nada contra Milacs. ¡Lo juro!

Había tanta nobleza, tanta tristeza digna, de martirio, en aquellos ojos, que María sintió que sus dudas desaparecían, y creyó incapaz a aquel hombre de haberla mentado.

—Lo creo—dijo—. Vaya usted con toda confianza. Todo se arreglará.

—Gracias, señorita.

Después adelantó hacia Annie, acarició su carita pálida de diosa del dolor y le dijo:

Volveré, Annie... Pero te ruego una cosa... No digas nada a mi madre.

—Te lo prometo.

Charlie desapareció entre los dos agentes. Annie dejóse caer en un sillón y empezó a llorar con un llanto silencioso, de trágica amargura.

Sintióse María invadida de una inmensa compasión. Cogió las manos de aquella mujer y las acarició con una ternura de hermanita buena, de hermanita menor.

—Vamos, no llore usted. Le salvaremos.



—No digas nada a mi madre.

La otra irguió su busto arrogante y firme.

—¿Usted? ¿Salvarle? Pero si desde que la conoce a usted, a Charlie sólo le pasan desgracias.

—No sea usted tonta. Soy su mejor amiga, y Charlie no es para mí otra cosa que un compañero. Le prometo ayudarles, hacer todo lo posible para que resplandezca su inocencia. No temo, no seré su rival. Sería una loca si me interpusiese entre ustedes.

Se afirmaba más y más en ella un ideal de compañerismo y fraternidad hacia Charlie. Si en algún instante había pensado en la idea de que aquel hombre pudiera ser el marido con que sueña toda muchacha, este pensamiento estaba definitivamente apartado. Deseaba que cuanto antes Charlie y Annie pudiesen estar unidos.

—¡No llore usted!—repitió—. Soy su mejor amiga.

Annie la miró a los ojos y leyó en ellos la verdad, la amistad pura y sin vacilaciones. Y su mano amica estrechó la de María, libre de prejuicios, unidas las dos por el mismo anhelo e ideal.

\* \* \*

Conducido Charlie a la jefatura de policía, no le pareció muy clara su actitud al señor comisario. Temió que los dos hombres hubiesen reñido, y en la excitación el guía hubiese dado muerte al ingeniero. En el Refugio de la Concordia no sabían el paradero de Milacs. Era necesario buscar, pues, el paradero del turista por aquellas escarpadas montañas de tan difícil ascenso.

Y aquella misma noche se organizó una expedición que, iluminada por antorchas, siguió la misma ruta que habían seguido por la mañana el guía y Milacs.

Charlie iba con ellos, volviendo a pisar los mismos lugares que había recorrido unas horas antes. Los agentes de policía husmeaban como sabuesos sin encontrar rastro alguno del desaparecido.

Desde el hotel se divisaba en las monta-



ñas vecinas la larga caravana con las encendidas antorchas como fantásticos llamamientos de guerra. A su resplandor, la nieve adquiría un pálido tono azul.

Charlie y otros guías, sostenidos por cuerdas, bajaron a hondonadas y precipicios. En muchos sitios la nieve estaba cristalizada y tenían que romper los grandes bloques o hachazos.

Largas horas de pesquisas inútiles. Llegaron al refugio de la Concordia. Nada... ni un indicio... Regresaban ya cuando vieron en uno de los ventisqueros un bastón de alpinista partido por la mitad. Lo recogieron. Charlie, turbado, aseguró que se trataba del bastón que llevaba Milacs, pero que no podía comprender cómo se encontraba allí.

Las sospechas contra él se acentuaron y llegaron a su punto cuando otro de los guías encontró junto a unas rocas que miraban a un enorme precipicio, la mochila perteneciente al ingeniero, según atestiguaban los documentos que en ella se encontraron.

Charlie, pálido y triste, murmuraba palabras incoherentes, asegurando que no comprendía... Tal vez cuando él se marchó

instado por Milacs, éste había resbalado hacia uno de aquellos barrancos.

Registraron la mochila y encontraron una libreta de notas escrita de puño y letra de Milacs, en la que había estas líneas:

*"En un momento de descanso escribo esta impresión. La conducta de Charlie es muy extraña. Trata de reñir conmigo a toda costa. ¿Qué pasará? ¿Hasta cuándo tendré que aguantar sus provocaciones?"*

—¡Ah, ah!—dijo uno de los agentes—. Esta es la prueba más grave de la culpabilidad de usted, Charlie.

Intentó el guía defenderse, asegurando que le parecían absurdas, desprovistas de todo sentido de realidad, aquellas frases; pero todo le acusaba, y las pruebas no podían ser más abrumadoras.

Bajóse a los barrancos en busca del cuerpo de Milacs, pero el resultado fué infructuoso. Acaso uno de los aludes, de las avalanchas de nieve, habían arrastrado el cuerpo del desgraciado ingeniero, enterrándolo para siempre.

Una cosa era indiscutible: que Charlie había dado muerte a Milacs. Y a pesar de

las protestas, de la desesperación, de la defensa que hizo de sus actos, nada le valió.

Regresaron al valle y fué encerrado en la cárcel del partido en espera de la resolución de las autoridades superiores, que ordenarían, seguramente, su traslado a la cárcel de la ciudad.

El pobre muchacho pasó una noche de cruel dolor. Sus manos se agarraban a las rejas, y gritaba con furor que era inocente. Al fin, cansado de sus inútiles esfuerzos, rendido por la serie de encontradas emociones que venía sufriendo, se durmió pesadamente, a tiempo que entraba por la ventana un suave rayo de sol, como anunciando el alegre triunfo de la Vida, la insensible indiferencia con que la Naturaleza contempla nuestras horas de desgracia.

\* \* \*

La noticia del crimen la publicaron todos los periódicos, que daban ya por realizados los hechos con una fuerza probatoria absoluta.

*"Crimen en la alta montaña".*

*"El ingeniero Milacs, asesinado por su propio guía".*

Y seguía una sucesión de detalles especulantes que acreditaban la calenturienta imaginación del repórter, pero que no se basaban nada más que en la suposición o en consecuencias dudosas.

Transcurrieron varios días. Todos los concursantes a la gran carrera de "skis" se sometían a un entrenamiento riguroso. Faltaba sólo un día para el campeonato. Los participantes de las diversas naciones tenían legítimas esperanzas de alcanzar la victoria.

En el equipo francés no eran tan firmes, sin embargo, las ilusiones. La forzada ausencia de Charlie, encerrado en la cárcel, y sobre el que caía la responsabilidad de un crimen envuelto en el mayor misterio, debilitaba extraordinariamente a los bravos concursantes.

El entrenador había puesto al alpinista Bernard en sustitución de Charlie. Pero tenía poca confianza en él.

Y bajo las sombras de ese amargo pesi-



mismo, efectuaban los preparativos de la gran carrera.

Entretanto, Charlie pasaba los días en la cárcel... El guardia, un antiguo amigo suyo, buen hombre a carta cabal, que se condolía de la lamentable situación del preso, le hacía largos ratos de compañía.

—Tú aquí tocando el violón, acusado de un extraño enredo, y mientras tanto la patria por los suelos.

—No es culpa mía. Supongo que tú no me creerás culpable.

—Te considero incapaz de matar una mosca; pero... ¡demonio! ¿Por qué te tendría tanta tirria aquel señor?

—No lo sé.

Demasiado lo adivinaba, lo sabía. Por celos, por celos que los había visto retratados en los ojos del ingeniero varias veces, en el comedor del hotel, en la montaña, aquella mañana cuando escribió la carta con las flores para María.

Calló todas estas amarguras, pareciéndole que tal vez le sucedía todo eso por haber olvidado a la pobre Annie. ¿Por qué pensar en María, teniendo a aquella otra mujer tan buena, tan de su clase, de su

gente, plena de sencillez y de bondad? Annie, que seguía guardando como un secreto a la madre de Charlie la prisión de éste, atribuyendo su ausencia a una larga excursión por lejanas montañas.

Y sintió que el recuerdo de María iba amenguándose también en su alma para resurgir con la poética melancolía con que la soledad envuelve nuestros recuerdos, la figura dulce, algo maternal, de la verdadera novia.

Mientras tanto, Annie y María, unidas por el interés de salvar a aquel hombre, al que las dos consideraban inocente, se dirigieron al Juzgado, acompañadas del banquero parisiense señor Faure.

Suplicaron insistentemente la libertad del detenido.

—Señor juez: si Charlie no toma parte en las carreras, el equipo nacional será vencido.

—No se aceptan fianzas tratándose de un criminal—respondió el representante de la ley.

—Charlie no es un criminal—protestó Annie—. Es inocente, es inocente...

Fué en balde que rogaran la libertad

Nada consiguieron. Tuvieron que marcharse con la seguridad absoluta de que el guía no tomaría parte en la competición.

Entretanto en París una elegante señora, la misma que había telefoneado a Milacs, se encontraba en la tienda de una famosa modista haciendo desfilas ante ella varios maniqués enlutados.

Con un gesto triste fué escogiendo algunos de ellos haciendo alinadas observaciones.

—¡Pobre señora!—le decía la modista.  
—¡Debe estar usted muy apenada! Ha sido terrible la muerte de su marido. ¡Pobre señor Milacs! ¿Quién había de decirlo cuando marchó de París hace menos de un mes?

La dama hizo un gesto ambiguo y contestó señalando a las modelos:

—Adquiero estos dos trajes, pero la falda un poco más corta y el adorno del sombrero de clase mejor.

—Los haremos a su gusto.

La viuda se despidió de la modista, que la acompañó hasta la puerta. Allí vió unos modelos de trajes color azul, color rosa, vaporosos, suavísimos.

—La semana próxima salgo para Cannes

—dijo sonriendo—, y tendré necesidad de algunos vestidos de primavera. Mañana o pasado volveré para escoger los modelos que más me gusten.

Y la viuda, que al parecer no tenía nada de inconsolable, a juzgar por la brevedad de su luto, abandonó la tienda, mientras la modista comentaba con las dependientas el poco caso que la señora Milacs había hecho del asesinato misterioso de su marido.

\*\*\*

Era la víspera del día de las carreras. Aquella noche, ávido de libertad, Charlie propuso a su amigo el guardia que le dejase salir de la prisión. Tenía necesidad de hacer algunas investigaciones para ver si aclaraba los hechos. Si salía triunfante, podría tomar parte en las carreras y seguramente el equipo nacional vencería.

El guardia, aunque con legítimos temores, accedió a todo.



—Prométeme que volverás a las seis de la mañana. Mira que soy padre de familia.

—Te lo prometo.

—Pues vete... y buena suerte.

Y protegido por las primeras sombras nocturnas, el presunto delincuente abandonó la prisión.

Ya libre, escribió unas líneas en un papel y arrugándolo lo tiró por una ventana del cuarto de su amigo Morel.

Este, sorprendido, leyó aquel misterioso aviso, que decía así:

*Esta noche necesita tu ayuda y la de Costes. Hacedme el favor de acudir al refugio de Bellevue y esperadme. Yo voy a ver si aclaro la desaparición del ingeniero. Si tengo suerte tomaré parte en las carreras. Esperadme hasta las cinco. Si a esta hora no he llegado os podeis marchar para tomar parte en la competición.*

*Vuestro amigo.*

*Charlie....*

Asombrado ante aquella carta corrió Morel a avisar a su amigo Costes, y a dar cuenta también de ello a la señorita María, y

a Annie que se interesaba tanto por el joven.

María quiso ir al refugio, pero Annie no pudo seguirle pues tenía que quedarse con la madre de Charlie, a fin de que ésta no tuviera la menor sospecha.

Los dos amigos se dirigieron al refugio. María no tardó en efectuarlo y demostrando una gran audacia, se dirigió hacia allí en motocicleta que resbalaba sobre la nieve como un monstruoso "skis".

Entretanto, Charlie, saltando rápidamente sobre sus patines de acero, se dirigía hacia las altas montañas.

Pasó largas horas realizando numerosas investigaciones por todos aquellos montes, buscando indicios, algo que le diera la clave de la misteriosa desaparición. Entró en varios refugios, desiertos a la sazón, con la esperanza de encontrar vivo o muerto a aquel hombre. Porque Charlie en sus horas de meditación en la cárcel, había sacado la conclusión de que aquel hombre había querido hacerle expresamente daño, acusándole de un delito, instigado por los celos.

Llegó al cabo de mucho andar ante otro



refugio medio enterrado por la nieve. Se acercó cautelosamente, tal como había hecho con los anteriores, y le pareció oír unos ruidos.

Abrió la puerta y retrocedió herido por la más viva y fulgurante sorpresa.

El ingeniero Milacs estaba cómodamente sentado ante una mesa y leyendo un libro.

Al ver a Charlie dió un grito de sorpresa y avanzó hacia él con aire agresivo.

Estaban solos. Antes de que el ingeniero pudiera hacerle daño, ya Charlie, más hábil y listo se había arrojado contra él, impidiéndole todo movimiento y derribándole sobre una litera.

Poco le costó vencer a ese hombre escuálido e insignificante. A los cinco minutos, Milacs, molido a golpes, estaba reciamente atado, sin poder efectuar la menor defensa.

—¡Miserable!—le gritó Charlie escupiéndole todo su odio.—Y yo he estado en la cárcel sufriendo por culpa de usted... Confiese de una vez que se proponía con su desaparición, porque sino...

Quiso negarse el hombrezuelo, pero

Charlie le dió tan formidable puñetazo que el otro no vaciló ya en confesar por entero la verdad.

—Todo fué una farsa—dijo.—Mi vida está asegurada por 50.000 dólares. La situación mía y de mi mujer era gravísima. Dificultades económicas nos ponían al borde de la miseria. Y entonces ideamos que yo desapareciese por algún tiempo y se me diera por muerto. De este modo mi mujer cobraría la indemnización, marcharía al extranjero y se uniría conmigo. Nuestra miseria quedaría solventada... Dentro de una semana mi esposa hubiese cobrado ya el seguro...

—¡Canalla! ¡Y no ha encontrado usted mejor medio que el de acusarme a mí!

—No sé lo que hacía... Le odiaba... Me enamoré de la parisiense y sentía celos de usted... Por eso quise vengarme de esa manera... doble... Pero... Charlie... perdóname el daño que le he hecho... Ayúdeme usted a huir, a pasar la frontera... y le daré la mitad de la fortuna.

—¡Ladrón! ¡No! Voy a entregarte a los Tribunales.

Enfurecido, arrastró al ingeniero por el



suelo, colocó su cuerpo atado sobre los "skis" y arrastrándolo por medio de una cuerda, se dispuso a volver con aquella gloriosa presa hacia el pueblo para que todos conocieran la verdad.

Eran ya más de las cinco. Costes y Morrel en vista de que su amigo no había ido al refugio marcharon hacia el lugar donde comenzarían las carreras. Tristemente, María esperó aún, pero convencida de que el guía no llegaba, se dirigió hacia el pueblo.

Y de pronto vio María con asombro y emoción llegar a Charlie que la saludaba con el brazo en alto como símbolo de victoria.

Numerosos pueblerinos salieron a su encuentro, extrañados de verle en aquel lugar cuando todos le creían en la cárcel. Pero Charlie dejó a un lado a Milacs, que aparecía molido por los golpes y dijo:

—Aquí os dejo al "asesinado"... Yo voy a ver si llego a tiempo a las carreras.

María, sonriente, avanzó hacia él lanzando después una mirada de desprecio al ingeniero que aparecía como amodorrado.

Se estrecharon afectuosamente la mano.

—No puedo contarle ahora lo sucedi-



... la saludaba con el brazo en alto...

do—dijo Charlie.— El tiempo apremia y van a dar las seis, hora de comenzar la carrera. El sitio donde se da la salida está lejos. No llegaré a tiempo.

—Aquí tengo mi moto... Venga conmigo.

Ató María una cuerda a la motocicleta y Charlie cogióse detrás, al otro extremo de ella. Y de esta manera empezaron a correr, sorteando obstáculos, dificultades, verdaderos abismos, pero María conductora habilísima logró llegar a la meta en el instante en que el equipo de Francia iba a partir.

La llegada de Charlie fué acogida con un grito unánime de alegría, y el joven sustituyó a Bernard en la alineación, partiendo acto seguido.

La lucha fué terrible, implacable, entre los distintos equipos, pero finalmente después de una pelea ruda con el equipo austriaco, los franceses se adjudicaron la victoria. Charlie una vez más llegó el primero.

Le acogieron a la llegada con ovaciones delirantes, pero él, feliz, desprendióse de todos los brazos que le apretaban, corrió hacia las dos mujeres, María y Annie.



... una vez más llegó el primero...



Vaciló un momento. Su corazón pareció vibrar todavía por la señorita de la ciudad. Pero apagando este amor imposible, desigual, se dirigió hacia Annie y la estrechó fuertemente contra su corazón.

Se besaron ante todo el mundo, proclamando su reconciliación y su cariño honrado. Annie era feliz al ver junto a ella, reconquistado, a su novio. También Charlie, curado de aquel amor, se sentía dichoso junto a la que sería su mujer.

Después fraternalmente estrechó la mano de María y contó a las dos mujeres la odisea del malvado ingeniero...

Ahora Charlie sería libre, y a quien la justicia iba a castigar era a Milacs... El guía volvería a su hogar, alejado para siempre de castillos e ilusiones fantásticas y ciñéndose a la realidad que a veces es tan dulce como los ensueños.

\* \* \*

Días después María y su padre abandonaban las montañas alpinas. La joven se marchaba con alguna melancolía. ¡Había

sido tan bueno Charlie y le había causado tan extraña impresión!... Tal vez si ella se lo hubiese propuesto el amor habría hecho de las suyas.

También Charlie la vio alejarse con nostalgia y durante unos días la recordó... Pero a poco fué olvidándola para dar paso a las realidades sabrosas del amor... Annie y él se casarían pronto y el amor, el verdadero amor acabaría de llenar su vida con la paz interior que aun le faltaba.

FIN

**EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Ficografía-Barcelona-Arbeu, 206-Teléfono 79087-Barcelona

GRAN ÉXITO EN LAS

**Ediciones especiales de  
La Novela Semanal Cinematográfica**

**ALELUYA**

(Maravillosa novela de la METRO)

**La mujer que amamos**

por Vilma Banky

**Al compás de 3/4**

Deliciosa película lírica

**Acaba de aparecer:**

**La princesa se enamora**

por Charles Farrell y Meureen O'Sullivan

**En breve:**

**Amanecer de amor**

por Norma Shearer, Lewis Stone  
y Robert Montgomery



Ediciones BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

Teléfono 18351 - BARCELONA